

después el joven poeta, que era entonces aprendiz de notario, se vió atacado por vez primera de la enfermedad á que estuvo más ó menos sujeto durante su vida. En consecuencia, renunciaron al matrimonio, y ambos permanecieron solteros. Cowper se consoló de su desencanto haciendo versos.

Como ha dicho Dryden : « El amor hace de todo hombre un poeta, ó por lo menos un coplero. » Hallándose en Húntingdon, adonde había ido en busca de alivio para su enfermedad con el cambio de aire, conoció por vez primera á mistress Unwin y á su marido, así como á sus dos hijos; y andando el tiempo, formó parte Cowper de aquel encantador grupo familiar. Al principio de su amistad escribía acerca de mistres Unwin : « Esta mujer es para mí una bendición, y jamás la veo sin sentirme mucho mejor, gracias á su compañía. » Mister Unwin murió poco después, víctima de un accidente, y Cowper se fué á vivir con la familia. Trasladáronse luego á Olney, y allí mistress Unwin le animó á escribir, á fin de apartar de su espíritu los pensamientos sombríos. Verdaderamente á ella y á lady Austen debemos la parte principal de sus obras. Por espacio de veinte años le cuidó mistres Unwin con la más tierna asiduidad, sin que á ninguno de ellos se le ocurriese la más ligera idea de matrimonio. Para valernos de sus mismas palabras, fué aquella la unión íntima de dos corazones. La salud de mistress Unwin fué la primera en decaer. Se vió atacada por la parálisis, y Cowper sintió una viva conmoción en todos sus nervios. Se convirtió en su enfermero, turnando con los demás. Durante una de sus veladas, compuso los tiernos y hermosos versos *A María*. Mistress Unwin fué deslizándose poco á poco

hacia la tumba silenciosa. Cowper no pudo reponerse de semejante golpe, y murió tres años después del fallecimiento de su amada y gentil mistress Unwin.

No sabemos que Golsdmith se enamorase jamás. Con su naturaleza pródiga pero sencilla era preferible que no procurase arrastrar á otra persona á su vida al día. Sin embargo, se recuerda de él que en una ocasión costó trabajo disuadirle de contraer matrimonio con una costurera, cosa que seguramente se proponía hacer por pura bondad. La vida de Carlos Lamb, en unión con su hermana María, es sumamente conmovedora. Ésta mató á su madre en un ataque de locura, y siempre se vió más ó menos amenazada por dicha enfermedad. Dedúcese de ciertas alusiones de los escritos de Carlos Lamb que estuvo una vez muy enamorado; pero después de la desgracia de su hermana, rehusó con energía los consuelos de toda afección femenina, y se consagró por completo á ella con el heroísmo de un mártir. Hay una novela, según dicen, en cada vida por prosaica que sea, y ésta fué la novela tierna y llena de abnegación de la vida del pobre Carlos Lamb. Keats, el poeta, que murió tan joven, se hallaba dominado por un amor intenso; y éste ha sido el tema de algunas de sus cartas más conmovedoras. Uno de los hechos más extraños dados á luz últimamente, y que muestran la influencia del amor sobre las almas sensibles, es el relativo á Beranger, el poeta francés. Durante toda su vida no había hecho caso del amor, aunque cantó con frecuencia á Lisette, Rosette, Margot y Jeanneton; sin embargo, al llegar á la vejez se vió completamente cautivado por los encantos de una joven inglesa. Se mostraba completamente salvaje con ella; y aunque no trató de proponerle el matrimonio,

sufrió muchísimo y contó sus penas á un amigo. Este amigo se lo llevó al campo, á bastante distancia, donde vivieron en la soledad y sin ser conocidos, durante varias semanas, hasta que la herida del anciano poeta empezó á cicatrizarse. Sainte Beuve, que refiere esta historia, la empieza con las palabras de Bussy-Rabutin: « Que el amor, como las viruelas, es más fuerte y peligroso en la vejez que en la juventud. » Muchos aman mientras se enamoran, pero dejan de amar luego que se casan. El carácter de los hombres y de las mujeres no se desarrolla por completo mientras viven solteros; sólo cuando se hallan unidos de un modo permanente se pone á prueba el amor entre ellos. El placer del enamoramiento puede ser corto, pero el matrimonio es el verdadero crisol del amor. El hacer la corte á una mujer es el punto de partida de una larga jornada de placeres y cuidados, de sucesos agradables y de desengaños, de alegrías y de contrariedades; y todo ello se encuentra mezclado con multitud de lugares comunes y consideraciones de dinero, gastos, rentas, vaca, carnero y cuentas de la semana. Muchos no pueden soportar estas contrariedades y sucumben bajo su peso; otros, y creemos que el mayor número, tienen paciencia y lo soportan. La simpatía es el punto esencial. Para la perfecta unión es indispensable la mutua ayuda. Debe haber dominio del temperamento, dominio de la personalidad, mutua tolerancia con las faltas de cada uno, porque tiene que haber faltas, adaptación á las nuevas condiciones de la vida y un deseo mutuo de hacer lo mejor en todo. Los que tienen más experiencia dirán que, si se observasen estas condiciones, la vida estaría llena de comodidad y de bendiciones. El marido consideraría su hogar como un

santuario, y la esposa como el centro de su amor y de su afecto y goces domésticos.

El hombre y la mujer que son capaces de asociarse el uno á la existencia del otro y de buscar el bienestar mutuo, poseen la más poderosa salvaguardia que el cielo ha podido inventar contra los peligros que resultan del goce, del simple placer egoísta y también de la concentración en sí mismo y de la absorción en el propio sufrimiento. El verdadero amor es el único combatiente bastante fuerte para vencer al último y más sutil enemigo del hombre:

« La bondad de la mujer, cuando es esposa, obliga al hombre á ser bueno; creedlo. Si ella ha faltado, apostaré mi vida á que primero faltó el hombre, si la mujer fué buena en un principio <sup>1</sup>. »

Algunos hombres de genio se casaron muy jóvenes, hasta demasiado jóvenes. Shakespeare se casó con Ana Hathaway, á los diez y ocho años; Ben Johson á los veintiuno; Franklin á los veinticuatro; pero su madrastra vaciló antes de dar su consentimiento para el matrimonio, como si hubiera temido que el joven no pudiese ganarse la vida como impresor. Por aquel tiempo había ya dos imprentas en los Estados Unidos, y ella dudaba de que pudiera vivir una tercera. Dante, Képler, Füller, Johnson, Burke y Scott, se casaron á los veintiséis años. Podríamos citar una larga lista de poetas, abogados políticos y teólogos, que se casaron antes de los treinta años. Wáshington y Bonaparte se casaron á los veintisiete, y Nelson á los veintinueve. Dos poetas laureados, Southey y Cowley Cib-

1. Beaumont y Flichter.

ber se casaron, en verdad, muy jóvenes. Jeremías Taylor llegó á una posición eminente á pesar de su temprano matrimonio; Jacobo Watt perdió, después de su temprana unión, la energía y el valor para concebir y llevar á la perfección el triunfo del espíritu sobre la materia.

En la biografía de los hombres de genio no oímos hablar tanto de las esposas buenas como de las malas. Los hombres más afortunados no exponen al público los tesoros de su hogar. Los que hallan la felicidad en el matrimonio no lo manifiestan, mientras que los que no hallan simpatía en el hogar la buscan fuera. Los maridos dichosos son callados; mientras que los desdichados gritan mucho y á veces se vengán. Sucede con el matrimonio como con las aguas corrientes: « las poco profundas murmuran, mientras que las profundas son silenciosas. » Si los biógrafos hubieran de darnos noticias de las esposas de los hombres distinguidos, hallarían probablemente que las esposas buenas se hallan en gran mayoría.

El matrimonio, al paso que ejercita los afectos, ordena el corazón. Los hombres de negocios y los políticos se refugian, huyendo del fastidio de la vida exterior en la paz del hogar, donde encuentran comodidades y energía moral. Á la sombra del amor doméstico, la madre de familia vigila la infancia en la cuna, dirige y alegra á los jóvenes que crecen, procura descanso á la virilidad á la vejez, y se esmera por el bienestar de cuantos individuos moran bajo su techo. « La esposa, dice sir Enrique Taylor, que aconseja ó exhorta, según la ocasión, y cuyo cariño se halla guiado por un corazón fuerte, y no por una bondad débil, es la verdadera compañera. » Uno de los más grandes hombres de

Estado, lord Burleigh, fué bendecido en su esposa, no solamente por sus grandes acciones, sino por su admirable carácter; y cuando murió lamentóse de su pérdida como del golpe más terrible que hasta entonces había recibido. « Pero me queda el consuelo, añadía, de recordar las muchas acciones buenas y virtuosas que realizó constantemente durante su vida. » El conde de Stelberg puso á la cabeza de su pequeño libro de oro *Von der Liebe*, las célebres palabras de Descartes: « Pienso, luego soy »; pero añadía: « Vir lieben, werden vir seyn. (Amamos, luego vivimos juntos.) »

Podríamos citar una larga lista de los que han sido felices en el matrimonio y de los que, por el contrario, han sido desgraciados. Algunos eran iguales, mientras que otros diferían en edad, categoría, fortuna, inteligencia y corazón. Es extraño el examinar las cualidades que los hombres han admirado más en las mujeres que han escogido por compañeras de su vida. Dicese que el poeta Masón había solicitado en matrimonio á la mujer con quien se casó, porque, durante una noche entera que había estado en su compañía con otras personas, no había dicho ella una palabra. Sin embargo, una vez casada con el poeta, demostró que era inteligente y sociable; y cuando murió él, sintió grandemente su pérdida. Muy pocos habrán leído sin emoción el epitafio que colocó sobre su tumba.

Calvino se dispensó por completo de hacer la corte. Na tenía tiempo para ello, pero recurrió á la ayuda de sus amigos. Farel se propuso encontrarle una esposa, pero sin éxito. Martín Bucer descubrió para él la viuda de un anabaptista con numerosa familia; tomóla por esposa y vivieron felizmente. Muy diferente fué

Lutero, hombre jovial y de sangre ardiente. « Es tan imposible, decía, vivir sin una esposa, como dispensarse de comer y beber. Concebido, criado y llevado por mujeres, nuestro verdadero ser es, en gran parte, su ser, y es completamente imposible para nosotros separarnos de ellas. »

Képler, el astrónomo, escogió su segunda esposa de un modo tan prosaico y propio de hombres de negocios como Calvino. Formó una lista de doce señoras con la indicación de sus respectivas cualidades. Él mismo ofreció su mano á algunas de ellas, que le rechazaron. Otra se casó mientras él deliberaba. La octava le aceptó en un principio, pero luego se arrepintió y empezó á buscar excusas. Al fin halló una que le aceptó y vivieron felices hasta el fin de la vida laboriosa de Kléper. El origen de muchos matrimonios ha sido puramente casual.

El célebre físico Vic D'Azyr pasaba un día por una calle, cuando cayó desmayada una señorita, á la que se apresuró á prestar asistencia. El resultado de este encuentro casual fué, primero la amistad y luego el matrimonio. La joven resultó ser la sobrina del célebre naturalista Daubentón. Abernety se enamoró también de una de sus enfermas, pero estaba tan ocupado en los trabajos de su profesión, que no tenía tiempo para hacerle la corte, según es costumbre. Hizo presente el caso á la madre de la señorita y al mismo tiempo le ofreció, para su hija, su mano y su fortuna. La oferta fué aceptada y la señorita fué una excelente esposa.

J. Hünter no se mostró tan expeditivo en la manera de hacer lo corte, porque no había conseguido aún tanta notoriedad en el ejercicio de su profesión. Había

logrado gran reputación como anatómico, pero no era muy célebre como cirujano, cuando se enamoró de Miss Home, hermana del que fué después el célebre sir Everardo Home. Sus rentas no le permitían aún casarse; pero incitado por su amor trabajó para aumentarlas con creciente éxito, hasta que al fin logró casarse con ella después de esperar pacientemente largos años. Crabbe, el poeta de los pobres, esperó más largo tiempo aún. Mientras luchaba por la vida como boticario rural, se enamoró de miss Susana Elmy; pero no pudo casarse con ella, porque ganaba apenas lo suficiente para mantenerse. Abandonó las drogas y trató de hacerse autor, el más débil báculo en que podía apoyarse. Afortunadamente le auxilió Edmundo Burke. Entonces entró en la iglesia y obtuvo una capellanía. La publicación de *The Village* estableció su reputación como poeta. Lord Thurlow le concedió entonces dos pequeños beneficios en Dorsetshire; y al fin, después de ocho largos años de espera, se casó con su novia, y nos complacemos en decir que fué para él una excelente compañera.

Algunos han luchado por sus esposas: otros han trabajado, estudiado, escrito y pintado por ellas. Quintín Matsys se enamoró de la hija de un pintor que había resuelto que no se había de casar sino con un artista. Matsys era herrero, aunque extraordinariamente hábil<sup>1</sup>; pero incitado por el amor, abandonó su profesión y se dedicó á pintar. Tuvo tanto éxito con la paleta y el pincel como había tenido antes con

1. Había ejecutado una hermosa cubierta para el pozo situado frente á la catedral de Amberes, una de las piezas más delicadas que existen en esta clase de trabajos.

la fragua y el martillo, y no tardó en poder solicitar la mano de la hija del pintor. Cuéntase una historia semejante de Ribalta, el famoso pintor español.

Habiéndose enamorado de la hija de su maestro, se vió rechazado en un principio, porque no había hecho suficientes progresos en su profesión. En vista de ello, se marchó á Roma, donde estudió y trabajó con tal éxito, que á su vuelta á Valencia pidió y obtuvo la mano de la dueña de su corazón. Hemos oído citar un feliz matrimonio cuyo origen se debió á la crítica. Una muy conocida señora, escribió un libro de viajes por el extranjero, que fué objeto de aguda crítica, aunque favorable en el conjunto, por parte de uno de los principales periódicos ingleses. La autora escribió al editor pidiéndole que le indicase las señas del revisero, so pretexto de que deseaba ponerse en comunicación con él acerca de ciertos puntos en que evidentemente se había equivocado. El resultado fué una correspondencia, una entrevista y un enamoramiento; el crítico se casó con la autora, que es hoy vizcondesa de S...

Algunos de los hombres más prudentes y más sabios han cometido grandes errores al casarse. El juicioso Hooker no lo fué en modo alguno al elegir esposa; confió esta comisión á su patrona, la cual le recomendó á su propia hija. No era bien parecida, y lo que es peor, era una verdadera furia. Cuando Edwin Sandys y Jorge Craumer fueron á visitarle en su pequeño curato de Dryton-Beauchamp, en Buckinghamshire, le encontraron guardando unas cuantas ovejas en el campo. Habiéndole relevado de su penoso trabajo, Hooker volvió á su casa con sus amigos y su mujer le llamó inmediatamente para que meciese la cuna. Isaac Walton, en su *Vida de Hooker* presenta

un lamentable cuadro de la vida desdichada del pobre predicador. « Consideremos, añade, que el profeta Ezequiel dice: Hay una rueda dentro de otra rueda, una secreta rueda sagrada de la Providencia, más visible en los matrimonios, dirigida por la mano del Altísimo, que no concede la carrera al que puede correr, ni el pan al sabio, ni las buenas esposas á los hombres buenos; y Aquél á quien es dado sacar bien del mal, es el único que sabe por qué no se concedió semejante bendición al paciente Job, al manso Moisés y al no menos manso y paciente mister Hooker. »

El doctor Donne se casó en secreto con la hija de sir Jorge More, canceller de la Jarretiera y teniente general de la Torre. Donne, siendo joven, estuvo de secretario particular con lord Ellesmere, conservador del Gran Sello. Mientras habitó en su casa tuvo frecuentemente oportunidad de ver á dicha señorita y se enamoró perdidamente de ella. Sir Jorge tuvo noticia de estos amores y al fin trasladó á su hija á su casa en Surrey: pero ya era demasiado tarde, pues los jóvenes habían hecho juramentos que sólo podía romper la muerte. Hallaron oportunidad de que los casaran clandestinamente. Al saberlo, sir Jorge se puso muy irritado é instó á lord Ellesmere para que despidiese á su secretario. Lord Ellesmere despidió á Donne, pero diciéndole: « Que se separaba de un amigo y de un secretario tal, que era más digno de servir á un rey que á un súbdito. » Donne envió á su esposa una triste carta dándole cuenta de su despedida. Sir Jorge More fué más adelante aún; los tres clérigos que habían intervenido en el matrimonio de su hija, que era aún menor de edad, fueron presos y encerrados en tres

prisiones distintas. El severo padre se ablandó al fin, especialmente cuando oyó los elogios de su yerno repetidos en todas partes. En consecuencia, permitió que se uniesen de nuevo con su paternal bendición después de tan larga separación. Ana Donne fué una esposa amante y llena de abnegación para el más bueno y más inteligente de los hombres.

No es frecuente que los maridos leguen á la posteridad el retrato de sus esposas, como hizo Rubens con las suyas. Se casó dos veces, y retrató con frecuencia á las dos esposas. La primera vez se casó con Isabel Brants, á la edad de treinta y dos años. Murió su esposa á los diez y siete años de matrimonio. Cinco años después se casó con Elena Forman, linda muchacha de diez y seis años. Su retrato se encuentra con frecuencia en sus cuadros. En el altar mayor de la iglesia da Jesús, de Amberes, están los retratos de su padre y de sus dos esposas.

Simpson, el matemático, se casó para tener un hogar. Sin embargo, no era más que un adolescente y trabajaba de tejedor en Nuneaton, cuando se casó con la viuda de un sastre que tenía treinta años más que él y era madre de dos hijos, el más joven de los cuales le llevaba á Simpson dos años; sin embargo, esta extraña unión no alteró en nada la armonía de la familia. Cuando tenía veintisiete años se casó Samuel Johnson con « Tity » Porter, una viuda fatua, voluble ó más bien grosera, aficionada á los licores fuertes y con hijos tan viejos como él. Excepto mistress Thrale, á quien consideró siempre con cariñosa admiración, Tity fué la única mujer de que Johnson parece haber estado realmente enamorado, y se mostró tan corto de vista, que no vió sus defectos personales. Vivieron

felizmente juntos durante diez y seis años, y Johnson no habló nunca de ella sino con pena y ternura.

Whitfield y Werley fueron ambos desgraciados en su matrimonio. Dicese que Whitfield, se había visto libre de la loca pasión que los hombres llaman amor. No hizo gran cosa por casarse, pero se casó y se hizo desgraciado. Cornelio Winter refiere que la muerte de su esposa proporcionó á Whitfield la mayor tranquilidad. Juan Wesley fué aún más desdichado. Se casó con una viuda con cuatro hijos, una gran fortuna y un carácter insoportable. Le inspiraban pocas simpatías sus opiniones y se mostraba displicente con las personas que estaban en contacto con ella. Además era extraordinariamente celosa de su marido, registrábale los bolsillos para buscar cartas, y con frecuencia le arrancaba los cabellos. Sin embargo, Wesley la soportó por espacio de veinte años. Al fin ella le abandonó, llevándose parte de sus Memorias con otros muchos papeles, y no volvió jamás. Wesley hace referencia á la separación en su diario: « No la olvido; no la volveré á llamar. »<sup>1</sup>

Augusto Comte, persona de muy diferente carácter, fué igualmente desgraciado en su matrimonio. Él y su esposa disputaban con frecuencia y violentamente y, cuando se separaron, el marido hablaba de ella como el que se ve libre de una intolerable opresión domésti-

1. Digase lo que se quiera de la esposa de Wesley, él debió también heredar algo del carácter difícil de su propia familia, pues debe recordarse que Samuel Wesley, su padre, que era un obstinado Whig, descubriendo por casualidad que su esposa, que era Tory, no dijo Amén á la oración por la curación de Guillermo III durante su última enfermedad, mostró tal disgusto por ello que se negó á vivir en su compañía, y estuvo separado temporalmente de la misma por causa de esto.

ca. Poco después contrajo relaciones platónicas con madama de Vaux, cuyo esposo había sido enviado á presidio por toda la vida. Comte se acostumbró á darle el nombre de Santa Clotilde y á someterle sus esquemas para el desarrollo y perfeccionamiento de la raza humana. Pero ella murió poco después y Comte quedó inconsolable. Tomó después la costumbre de visitar semanalmente su tumba y de invocar diariamente su asistencia. Puede considerarse, dice míster Lewes, como la Beatriz de la nueva *Religión de la Humanidad*, de Comte <sup>1</sup>.

Aunque algunos de los más grandes músicos permanecieron solteros, y Haydn fué desgraciado en su matrimonio y se separó de su esposa, principalmente á causa de las extravagancias de ésta, Mozart y Wéber fueron felices con sus esposas, especialmente el último. Sin embargo, la vida de un músico, á causa de las excitaciones y cambios constantes, no es completamente favorable á la felicidad doméstica. Los amores y vida conyugal de Wéber, según los refiere él mismo en sus cartas á Carolina Brand, su «amada Lena», tienen el encanto de una novela. Su esposa simpatizó con él, le aconsejó, le confortó y le amó tiernamente. Las cartas que él le dirigió son enteramente propias de un alemán, y el amor alemán es mucho más sentimental que el inglés. El primero es superabundante y exuberante, mientras que el último es restringido y tímido.

Los hermanos Corneille se casaron con las dos hermanas Lamperière, y el amor de la familia entera quedó cimentado por esta unión. Vivían en casas con-

1. *Fortnightly Review*, núm. 16

tiguas que se comunicaban, y gozaban de este modo de la comunidad de gustos y sentimientos. Los dos hermanos trabajaban juntos y participaban mutuamente de su gloria respectiva; mientras que las hermanas eran felices, pues simpatizaban entre sí y amaban y admiraban á sus esposos. No menos feliz fué la vida matrimonial de Racine. Su esposa era piadosa, buena y de carácter suave. Sin embargo, no era aficionada á la poesía y apenas conocía el nombre de las tragedias de su esposo. Un día Racine volvió de Versalles con una bolsa de cien luises de oro. Corriendo al encuentro de su esposa, la abrazó y dijo: « Felicítame por los cien luises de oro que el rey me ha regalado. » La esposa, que era tan poco aficionada al dinero como á la poesía, le hizo únicamente una observación acerca de la conducta de uno de sus hijos. « Déjanos hoy de eso, dijo el poeta; déjalo para otro día; el día de hoy consagrémoslo á la alegría. »

Juan Pablo Richter fué muy enamorado desde su niñez. Estando en la escuela se enamoró de Catalina Barin, y después consagró un capítulo en su vida al primer beso. El amor fué seguido de una temporada de tierna melancolía: sobre las flores y las mieses, corona de la felicidad, del mismo modo que sobre la corona nupcial pende comunmente la gota de rocío que parece una lágrima. Se enamoró estéticamente una vez y otra, ejerciendo sus escritos curiosa fascinación sobre el ánimo de sus lectoras de corazón tierno, pero sin casarse con ninguna. En Weimar solicitaron con tanta vehemencia bucles de sus cabellos y él satisfizo tan liberalmente dichas peticiones, que su cabeza quedó tan trasquilada que se vió en la necesidad de adquirir un perrito de lanas, con cuyas hirsutas guedejas

pudo satisfacer las futuras peticiones. Entre sus amos hallamos á madama von Kalb (que vivía separada de su esposo), á madama von Krudener (esposa del embajador de Rusia en Dinamarca), á Emilia von Berleps (que se quejaba de la frialdad de su platonismo), á Carolina von F. (una divina duquesa, con ojos de niña, en cuyo rostro brillaban el fuego del amor y el encanto de la juventud, y que poseía una voz de ruiseñor), á Josefina von Sydon, una encantadora francesa « firme, tierna, alegre, sencilla y cándida »; y por último, á Carolina Meyer, con quien se casó. Pero no terminó aquí la fascinación que ejerció sobre las mujeres, pues muchos años después de estar felizmente casado, y cuando ya tenía cincuenta años, recibió una carta escrita en términos apasionados por una María Förster, que sólo tenía diecisiete y que se había enamorado ardientemente de él por sus escritos, desde la edad de diez años. Juan Pablo la desanimó y le dió buenos consejos; pero no le escribió más cartas, por lo cual la loca y apasionada joven se desesperó y se ahogó.

Sheridán se casó dos veces, y aunque imprevisor en muchas cosas, fué afortunado en ambos matrimonios. Cuando tenía sólo veintidós años se fugó con miss Limley, una linda cantante que tenía seis años menos que él y se casó secretamente con ella. La falta de dinero le lanzó á la literatura, y dos años después de su matrimonio produjo *Los Rivales*, que fué seguido por la *Escuela del escándalo* y otras obras. Su vida fué una serie de altos y bajos, de deudas y de dificultades, de fracasos y de éxitos. Sin embargo, su joven esposa lo sobrellevó todo con paciencia, y hasta le amó más, como deben hacer las mujeres abnegadas, á causa de sus imperfecciones. Sheridán entró en

el Parlamento y tuvo gran éxito como orador; y poco después su excelente esposa, de la que decía el entonces obispo de Norwich, que era el eslabón que unía á la mujer con el ángel, murió tísica. Sheridán quedó por largo tiempo completamente postrado por semejante pérdida. « Le he visto, dice Kelly, « una noche y otra » sentado y llorando como un niño, mientras que yo le cantaba, según su deseo, una de mis patéticas cantinelas. La llevaron á una verde tumba. Jamás he oído hablar de un dolor más punzante que el que Sheridán sintió por la pérdida de su amada esposa. » Pero el tiempo, gran consolador, cicatrizó sus heridas; y tres años más tarde el poeta se casó con miss Ogle, hija del deán de Winchester, una señorita dotada de todas las perfecciones y que le profesaba ardiente afecto. Sheridán, aunque no se cuidaba de sus propias penas y dificultades, se mostraba, sin embargo, lleno de ansiedad con respecto á su hijo Tomás, á quien deseaba casar con una señorita de gran fortuna. Pero otra señorita, miss Callánder, había ya conquistado el corazón de su hijo. Un día Sheridán había hablado largamente con él acerca del matrimonio, y le amenazó con que, si se casaba con miss Callánder, no le daría ni un solo chelín. Tomás no pudo resistir á la oportunidad de replicar: « Para eso, señor, tendría usted que pedirlo prestado. » La segunda esposa de Sheridán tuvo que luchar con las mismas dificultades que la primera. Tuvo que recurrir á toda clase de expedientes para conseguir dinero; y al fin, molesto por los acreedores y abandonado por los amigos, murió junto á su fiel esposa, que le amó y le admiró hasta el fin.

Steele se pareció á Sheridán en la imprevisión y en sus amores. Se casó igualmente dos veces. La prime-